tarda lo que quiero») ha tenido que atravesar un amargo camino de versos desolados. Tales los poemas y los dos que cité antes, son, para mí, los mejores, por más emocionados, del libro.

L. de L.

«*La hora undécima*», *de José García Nieto*

Convendría ir desmontando tópicos. Un poeta no es un pórtico cuya inmovilidad jamás desmiente la catalogación. Por el contrario, de ser un pórtico lo es hacia un mundo mudable y conmovido. El neoclásico García Nieto puede devenir —ya lo sospechábamos— romántico. Desolación, inquietud, soledad en esta «hora undécima»* en la que la vida aparece como una fatal frustración, salvada acaso sólo por la fe que quisiera oír la llamada esencial de Dios a un quehacer definitivo en esa hora última, a punto de ser ya tarde. Todo ello proyectado desde un *yo* en cuyo torno giran obsesivamente recuerdos, sentimientos, acontecer propios, propios temores y vacilaciones.

Puede decirse que *La hora undécima* forma con *El parque pequeño* y *Elegía en Covaleda*, de similar talante, la trilogía de poemas mayores de García Nieto. Se desarrolla en doce fragmentos de verso asonantado, casi siempre de arte mayor con los cortes precisos para imprimir fluidez que lo hace atrayente. A semejantes *confesiones* líricas les estorba todo

* Colección «Palabra y Tiempo». Vol. XV. Editorial Taurus. Madrid, 1963.

envaramiento o barroquismo y García Nieto tiene la virtud de infundir naturalidad a sus imágenes, pese a la complicación que puedan tener. Que la tienen, como veríamos si nos detuviésemos a analizar algunas que se ofrecen superpuestas e imbricadas, sin que el lector perciba sino su efecto sugeridor, exento de todo roce o pesantez retóricos. La misma maestría se revela en la asunción de elementos directamente literarios. El poema nos da la sensación de una honda sinceridad, de un verso cara a cara consigo mismo. El reflejo autobiográfico que lo substancia se concreta, a momentos, en nombres y alusiones. El poeta evoca también los más representativos elementos que delinean su mundo poético, como concitándolos frente a su desolación última. En ello puede verse una prueba del valor esencial de esos elementos en la autenticidad expresiva de su obra.

Completan el volumen otros poemas de menor extensión. Es cierto que algunos —como los *Homenajes* y algún otro— quiebran la unidad de tono y que son piezas más descubridoras del oficio —bien que sea buen oficio. Pero hay piezas —tales: *Ser hombre, A una muchacha enamorada, Tren por el Guadarrama, El poema*— que se compadecen perfectamente con la actitud del poema mayor.

Ser hombre es una meditación existencial, de inquietud un poco unamuniana, donde, por cierto, el virtuoso sonetista se permite licencias técnicas. Los sonetos *A una muchacha* comportan una comprensión personal del amor como algo paradójicamente insolidario. Si, a lo Rilke, cada hombre vive solo su propia muerte, de estos sonetos deducimos que

cada ser vive solo su propio amor. *Tren por el Guadarrama* nos devuelve una compenetración fiel con el paisaje. Y *El poema* refrenda la individualidad intrasferible y casi incomunicable de la experiencia poética. La poesía se escribe con cuanto se es, con cuanto se piensa y se siente; y esto es lo que es, piensa y siente el poeta de este libro. Por eso es auténtica su poesía.

El paisaje guadarrameño, el amor, las alusiones a parábolas evangélicas, la súplica religiosa tras lo atónito o pavoroso y, desde luego, el equilibrio y la ternura del verso, son un hilo continuado y reconocible en la obra, ya nutrida, de García Nieto.

L. de L.